

UN mueble de madera oscura, casi tan grande como un ropero. En sus puertas talladas, sendos yelmos heráldicos, enfrentados y de perfil, custodiaban el tesoro. Unas ventanitas protegidas por pequeñas columnas torneadas dejaban ver, en la parte superior, una cortina de seda color púrpura, que parecía el telón de un *teatrino* de títeres. Así era el librero de la casa de mi infancia, el repositorio de los libros de una familia medieval que se regía, en pleno siglo XX, por el principio evangélico de que hay que tener los hijos que Dios nos mande –para mi fortuna, porque yo soy el undécimo de los hermanos y si mis padres no hubieran observado semejante precepto, no estaría aquí para contarlo.

Una enorme Biblia con cubiertas florentinas que lucían, entrelazadas, las áureas iniciales de los apellidos de mi familia y cuyos separadores de seda terminaban en pequeñas medallas religiosas. Algunos misales tan viejos que apenas podían sostenerse en pie. Las *Confesiones* de san Agustín. *La comedia* de Dante. Una edición de *El Quijote* ilustrada por Doré. Las *Vidas ejemplares* de Romain Rolland. La novela *Jeromín* del padre Coloma, que narra la historia de don Juan de Austria, el hijo bastardo de Carlos I. Las *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer. Varios libros hagiográficos en los que la imagen, como en las portadas de las iglesias románicas o en la pedagogía del barroco, podía más que la palabra: un san Martín a caballo que con la espada partía en dos su capa para entregar la mitad a un menesteroso al parecer más necesitado de pan que de cobijo, un san Tarsicio niño lapidado por sus compañeros cuando transportaba el

santo viático para llevarlo a un enfermo moribundo, un san Sebastián lánguido que con ojos entornados miraba suplicante a un cielo sordo mientras arqueros invisibles traspasaban sus carnes con precisas saetas. Las *Memorias* del Instituto México donde todos los varones de mi familia estudiamos con los Hermanos Maristas por lo menos la primaria y la secundaria desde tiempos inmemoriales. Y varios libros más, casi todos de tema religioso o por lo menos edificante. A tales títulos y a la solemnidad del mueble que los atesoraba como si fuera un relicario, debo la consideración, todavía enraizada en alguna hondonada de mi alma a pesar de mi trato cotidiano y hasta confianzudo con ellos, de que los libros tienen un valor sagrado.

Al lado de ese librero imponente, había otros dos más pequeños. No obstante su tamaño, albergaban dos obras monumentales, que constituían digamos que la sección laica de la pequeña biblioteca de la casa paterna: el *Diccionario enciclopédico hispanoamericano*, en veinticinco tomos, incluidos los dos postreros, dedicados a «estos últimos años», los de la Segunda Guerra Mundial, que para la fecha de la edición aún no había terminado, y *El tesoro de la juventud*, con sus veinte volúmenes color vino, cuyos lomos tenían repujadas en oro una lámpara de aceite y una antorcha aureolada por una guirnalda de laureles. Mis padres habían comprado estas colecciones en San Luis Potosí a W. M. Jackson, Inc. Editores. *El tesoro* en 1939, por 280 pesos, pagaderos en dieciocho meses, y el *Diccionario* en 1942, por 420, distribuidos en veinte mensualidades.

Recuerdo todavía las portadillas que precedían los volúmenes del *Diccionario* y que ostentaban unos maravillosos grabados en metal con imágenes de objetos, personajes, animales cuyos nombres empezaban con la letra del tomo correspondiente. El de la letra T presentaba un torero, un turco, un teatro, un tigre, un tambor, un tapir, una trompeta, unas torres y un trineo. Las páginas de ese diccionario tan rico en algunos

temas como la mitología griega, la arquitectura clásica o la navegación, fueron saqueadas por las generaciones escolares de mi casa como primera y durante mucho tiempo única fuente de consulta para la redacción de los trabajos académicos de literatura, religión, historia, geografía. En una sola obra, toda una biblioteca. Quizá por ello, Borges, aun cuando sus referencias enciclopédicas preponderantes procedan de la lengua inglesa, cite con admiración y reconocimiento el *Diccionario hispanoamericano* en varios lugares de su obra.

Los volúmenes de *El tesoro de la juventud*, que yo conservo como única herencia familiar, todavía guardan un rancio olor a jabón por aquello de ¡muchacho, lávate las manos antes de agarrar el libro! *El tesoro* estaba compuesto por varios libros, que no se correspondían con los volúmenes y que, seccionados por capítulos o episodios, se distribuían a lo largo de las 7,172 páginas que en inusitada numeración corrida a lo largo de los veinte tomos integraban la magna obra: *El libro de los hechos heroicos*, *El libro de las narraciones interesantes*, *Los países y sus costumbres*, *Hombres y mujeres célebres* (nótese la vanguarda en asuntos de género), *El libro de la poesía*.

Recuerdo la exultante biografía de Víctor Hugo, ese loco que se creía Víctor Hugo; la historia de la conquista de Granada, que más bien se refería a la reconquista cristiana de los últimos territorios de la península ibérica dominados por el islam; las historias ondulantes del lejano Oriente o las gélidas descripciones del Polo Norte; y la poesía: *Los motivos del lobo* de Rubén Darío, que todavía guardo entre la lengua y el paladar, y el incommensurable poema de Núñez de Arce, *El vértigo*, que sólo Gabriel García Márquez, según confiesa en su libro autobiográfico *Vivir para contarla*, y mi hermano Miguel, el mayor, se aprendieron de memoria, décima a décima, como quien paga miles de pesos con monedas de 10 centavos. Ahí supe de Amadeo Mozart, Elena Kéller y Guillermo Shakespeare, según la cos-

tumbre entonces en boga de castellanizar los nombres de pila de los personajes extranjeros. Menos mal que entre los escritores célebres no aparecía Kafka, quien no hubiera soportado sobre su cabeza la versión castiza de su nombre: Francisco Kafka, imagínense. *El tesoro de la juventud* fue mi primer libro; un libro familiar que acabó por ser entrañablemente mío porque en sus páginas color sepia imprimí, sin que ninguno de mis hermanos lo advirtiera, mis primeras señas de identidad, que hoy, medio siglo después, aún reconozco.

Esa era la biblioteca familiar, pero cada uno de mis hermanos había ido adquiriendo sus propios libros con sus propios recursos para encontrar su propia soledad en medio de la compañía impositiva y la uniformidad ideológica a las que nos sometían las condiciones de una familia numerosa y extremadamente conservadora. Miguel, arquitecto y profesor de historia del arte, poseía en su dormitorio una considerable biblioteca que se correspondía con su profesión, y que estaba perfectamente bien clasificada. A sus lomos recorrí la cronología de la cultura occidental, desde la Antigüedad Grecolatina hasta la Edad Contemporánea, pasando por el Medioevo, el Renacimiento y la Modernidad, pero sólo a sus lomos, porque esos libros, con sus páginas de papel cuché ilustradas a cuatro tintas, colocados en sus estantes con rigor inquisitorial, estaban vedados a mis manos. Aunque tanto me gustaran, no eran esos, sin embargo, los libros que mi curiosidad infantil más apetecía, sino los de mi hermano Benito, algunos de los cuales leí a hurtadillas, poseído por el doble placer de la lectura y de la clandestinidad: los de la Colección Ilustrada de Obras Inmortales publicados por la Editorial Cumbre, como *Oliverio Twist* de Carlos Dickens o *Los viajes de Gulliver* de un Swift que sí conservó, por fortuna, su *Jonathan* original, y los pequeños volúmenes de Salgari, de mi hermano Ricardo, cuyas tapas tenían dibujadas unas bisagras de hierro que le daban al libro un aire de arcón digno

de *La isla del tesoro* de Stevenson. De *Los naufragos* de Liguria a *Yolanda, la princesa de Yucatán*, y de *Sandokhan, el Tigre de la Malasia*, a *La cimitarra del Buda*, leí la obra de Salgari, como después *20,000 leguas de viaje submarino* o *La vuelta al mundo en 80 días* de Julio Verne, con tal entusiasmo mimético que a partir de entonces empecé a confundir la vida con la literatura y me brotaron los primeros síntomas de una enfermedad severa e incurable, la escritura.

Recuerdo algunos libros de la escuela, como *Poco a poco*, en el que aprendí a leer merced a las más prodigiosas cacofonías y aliteraciones —*mi mamá me mima* o *ese oso se asea así*—, que junto al avemaría o las tablas de multiplicar forman parte de mi más añeja memoria verbal. Pero el que más cerca se quedó de mi corazón fue precisamente *Corazón, diario de un niño*, de Edmondo d'Amicis, en el que leí la tristísima historia del niño que emprende un largo y penoso viaje de los Apeninos a los Andes para encontrarse con su madre agonizante. O la del pequeño escribiente florentino, que sufre los injustos castigos que su padre le inflige por no obtener buenas calificaciones en la escuela sin saber que durante las noches, en secreto, el muchacho se desvela escribiendo cientos de sobres para aligerarle a él, rotulador de oficio, su enorme carga de trabajo. He de confesar que en esas páginas en las que se inauguró mi educación sentimental, dejé caer las primeras lágrimas producidas por la lectura. Y quizá las únicas que haya derramado sobre un libro, porque un poema o una novela han podido elevarme por los aires o me han hecho dar de puñetazos contra la pared, pero hasta donde recuerdo sólo he llorado sobre las páginas de *Corazón*, cuando cursaba el cuarto grado de primaria.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera tener un libro verdaderamente mío. Como mis camisas, mis pijamas, mis pantalones o mis uniformes de gala del colegio, mis libros eran heredados. Y al ser el undécimo hijo tenía que añadir a la pá-